



**Cuaderno
de bitácora**

HUMO

de Juan Carlos Rubio

No tengo buena memoria. Lo reconozco. Y aunque no lo reconozca, mis amigos lo saben. Y me lo recuerdan si hace falta. Y aunque no haga falta. Siempre he admirado a esas personas que poseen la cualidad de ser capaces de repetir «textualmente» lo que ocurrió en tal o cual situación. «Yo dije, tú dijiste, nosotros dijimos...» Para mí es imposible. Lo siento. Recuerdo las sensaciones, buenas y malas, algún detalle, una frase, una mirada, una risa, pero soy incapaz de echar la vista atrás y reproducir fielmente lo vivido. Dicho lo cual, y sin más preámbulos, me lanzo a bucear en mi escasa memoria para escribir este «Cuaderno de bitácora» sobre *Humo*. Al ser una obra que trata de verdades y mentiras intentaré evitar inexactitudes y errores. Tendréis que fiaros de mi palabra. Y leído lo leído, imagino que eso no es mucho decir...

Para hablar del proceso de creación de *Humo*, como el de casi todas mis obras, tengo que hablar de personas, personas que me impulsaron a escribir, ya sea en forma de inspiración o de encargo. En el año 2002, Juan Luis Galiardo estrena un texto escrito por mí especialmente para él. Se titulaba *10* y era, para resumir, una especie de ejercicio teatral sobre sus propias vivencias y fantasmas. Recuerdo la sensación general que me dejó la escritura de esa obra: insatisfacción. ¿Por qué? Al ser un texto «terapéutico», como le gustaba denominarlo a Juan Luis, todo el mundo tuvo a bien opinar sobre él mientras lo retocaba para su puesta en escena. «Puedes quitar esto, añadir lo otro, la parte final no funciona, quizá a este personaje le falta fuerza, acorta, alarga...» ¡Un infierno! Dediqué varios tortuosos meses a la reescritura de *10*, digamos que hasta que «todos» quedamos contentos. Hasta yo quedé contento... ¿O no? Bueno, no me acuerdo. Dichosa memoria...

10 tuvo una exitosa gira por España y Juan Luis (gracias desde aquí, amigo) comenzó a sugerirme que le escribiese una nueva obra. Mi primera condición fue: «Hacer lo que me dé la gana, sobre el tema que me dé la gana y de la manera que me dé la gana. Y si luego no te gusta, no la montes. No pasa nada. Pero aquí solo opino yo». Lo dije todo de corrido, intentando aparentar una determinación sin fisuras. Y coló. Y en esas quedamos.

Desde hacía tiempo rondaba por mi cabeza la idea de hablar sobre verdades y mentiras. Mentiras piadosas, innecesarias, sanadoras... Verdades inmisericordes, necesarias,

enfermizas... Y hablar sobre la fe. O, mejor, sobre la ausencia de fe, no en un sentido religioso, sino como ilusión, ganas de vivir. ¿Nos queda esperanza por algo en mitad de la sociedad en la que vivimos? ¿Somos capaces de creer en los que nos rodean? ¿En nosotros mismos?

Siempre que tengo un tema susceptible de ser escrito hago lo mismo: contarle a mis amigos. Y en cada nueva ocasión que esto sucede voy sumando elementos que vienen a mi mente y van dando forma a la historia. Soy, lo que se dice, un cuentista. Y hasta que no consigo articular el relato por completo y atrapar su atención, su beneplácito, no paso a la escritura. Necesito haber testado el argumento con «mi público» (que, por cierto, no me pasa una...). Aquí la trama era sencilla: un famoso terapeuta especializado en que las masas dejen de fumar, cuando se queda a solas le falta tiempo para encender un cigarrillo. Miente. Pero a pesar de su doble moral es un gran comunicador y consigue su propósito: que su entregada audiencia abandone ese perjudicial hábito. Su exitosa gira le lleva hasta la ciudad en la que su ex mujer trabaja como periodista en una revista local de segunda división. Y decide ir a visitarla para destapar algunas verdades y mentiras de su matrimonio. Necesita un poco de luz en su vacía y descreída existencia.

A Juan Luis el relato oral le atrapó. O eso me dijo. Con los actores nunca se sabe, oye. Así que solo faltaba escribirla. Pecata minuta, ¿no? Encerrado en un minúsculo apartamento en el Raval de Barcelona (y si alguien conoce el barrio sabrá que no es precisamente un lugar tranquilo por el que las musas suelen pasar) le di forma durante el verano del 2005. Tenía el compromiso con Galiardo de entregarle una primera versión a finales de agosto. El verano pasaba y a mí me parecía que ese apartamento cada vez se encogía más. Y que las páginas que me quedaban por rellenar, en cambio, se alargaban. «Qué agobio... Qué crisis... Ay, mira, me gusta... No llego... Angustia... Tiro la toalla... No está tan mal... ¡Una obra de arte!... Menuda mierda que estoy escribiendo...». En fin, esas subidas y bajadas de autoestima que no sé si le entran a todo el mundo, pero que desde luego a mí me tienen frito y me persiguen cada vez que escribo. Y, para rematar la faena, Galiardo llamándome un día sí y otro también: «¿Cómo va eso, autor? Te recuerdo que tenemos una cita». Lo recuerdo Juan Luis, lo recuerdo. ¿Cómo olvidarlo? Ya me gustaría...

Y llegó el 30 de agosto. Nunca un final de verano fue más deseado y temido. Galiardo vino a mi casa de Madrid, puntual como siempre, exultantemente energético, como siempre, y leímos la función. Él su papel y yo los otros tres. Llanto, risas, emoción, aplausos. A mi actor le había encantado. El montaje estaba en marcha. ¡Había triunfado! Pero... yo no me fiaba. Ni un pelo. La experiencia de *10* me recordaba a gritos que los primeros laureles podían convertirse en espinas, sobre todo cuando el círculo de confianza de mi actor (y productor, no olvidemos) comenzara a leer el texto y a lanzar variopintas opiniones, que podían ser buenas, pero que también podían ser malas. Necesitaba un aval, el apoyo de alguien prestigioso que dijera: «Esto está bien. Y punto». ¿Qué hacer? ¡Un premio! ¡Eso! Si consigo un premio, me dejan en paz. Pero ¿cuál? He de reconocer que envié el texto a dos certámenes. En uno no me premiaron. Mala suerte. O mejores textos. Pero en el otro, ¡sorpresa!, sí. *Humo* fue el texto ganador del Premio de la Sociedad General de Autores y Editores del 2005. Bendito jurado. Mil gracias por ese dinero, esa publicación y, sobre todo, esa cinta de esparadrapo en la boca de todo el mundo al que la obra fue enviada. «Es premio de la SGAE, oye. Piensa lo que vas a decir, que un grupo de dramaturgos de tomo y lomo la han considerado la mejor entre unas cuantas docenas...» Bien, de acuerdo, ya sabemos que lo de los premios es muy relativo, que no siempre se premia lo mejor, sino lo menos malo, que cada miembro del jurado tiene sus filias y fobias, etc. Pero a mí, para qué os voy a engañar, me vino de perlas. Era el aval, y menudo aval, que yo necesitaba en ese preciso momento de la producción.

Y llegó el momento tan temido, al menos por mí, de que se designara un director para *Humo*. ¿Y si no entendía el punto de esta comedia amarga? ¿Y si no defendía ese medio tono, ni fuerte ni flojo, entre la sonrisa y la ternura, que yo consideraba imprescindible? Juan Luis quería un texto que el público comprendiera y que pudiera hacer reír, con un toque comercial. Yo quería hablar sobre el desencanto, sobre la mentira que nos rodea, sobre una falta de valores en la sociedad actual... ¿Y el director? ¿Querría hablar de lo mismo? ¿O tendría otras intenciones? ¡¿Y si él quería apostar por el vodevil o el sainete?! Reconozcámoslo. Estamos en sus manos. De ellos depende que nuestro trabajo brille o se apague como una triste vela en una tarta de cumpleaños que nadie quisiera soplar. Sí. Tenía mucho miedo. Por eso, que Tamzin Townsend, que ya hizo una labor estupenda con *10* y que había respetado, entendido y aportado grandes ideas en la puesta en escena, aceptara la dirección me tranquilizo mucho. Pero el destino quiso que por culpa del retraso en el calendario de ensayos, Tamzin no pudiera aceptar el encargo. Después de un baile de nombres, algunos admirados por mí y otros

no tanto (sigamos con la sinceridad), Juan Luis me planteó que yo mismo la dirigiera. No tenía experiencia como director, pero mi pasado como actor y mi presente como autor y, sobre todo, como amigo suyo, le daban garantías suficientes. ¿Qué hacer? A mí me gusta escribir, estar en casa, dueño de mi horario, y enfrentarme a solas con mi creatividad (o falta de ella). Pero había huído hasta la fecha de las oportunidades que se me habían presentado para tomar las riendas de un espectáculo. «Ahora o nunca», pensé. «Pues ahora... Total, guste mi trabajo de director o no, al menos tengo la seguridad de que nunca dirán que no he entendido el texto...» Y dije que sí. Tenía a Juan Luis, con su energía y talento, a Kiti Mánver, una actriz maravillosa, y a dos actores jóvenes, Gemma Giménez y Bernabé Rico, rebosantes de ganas y buen rollo. Pues venga, *pa adelante*.

No es fácil ser director. Eso es verdad. Hay que lidiar con muchas sensibilidades distintas y saber dar a cada uno lo que necesita y de la manera en que lo necesita. Galiardo es un actor intuitivo, visceral, carismático, pero sin técnica rigurosa. Kiti reclama saber el porqué de cada frase, le gusta trabajar con una partitura emocional firme y rotunda. ¿Cómo alinear esta ensalada? Con cariño y paciencia. Amigos y enemigos me avisaron de que ambos tenían mucho carácter y que enfrentarlos podía ser una bomba de relojería. Falso. Se portaron como dos benditos. La química entre ellos, a pesar de sus diferentes estilos, era evidente. Y encima me hicieron caso en todo. Mil gracias. Fue un placer. Que no creo que repita en mucho tiempo, eso sí... Enfermé del estómago, y llegar al estreno casi me cuesta una úlcera. Error mío. Dirigir es una carrera de fondo, no los 100 metros. Hay que dosificar la energía. Yo no lo supe hacer...

Pero al margen de estos pequeños problemas de salud (ya solucionados, no sufráis), la experiencia de dirigir un texto que yo mismo había escrito me dio la oportunidad de testar muchas cosas. Por ejemplo, mi tendencia natural a poner en boca de los personajes más de lo que debería, pensando que el público no se va a enterar. Con los actores adecuados, a veces sobran muchas frases que un simple gesto ya explica. Mi pretensión es escribir teatro, no literatura. Mi trabajo llega al estado soñado al ser dicho por un actor y recibido por un público. No creo para lectores, sino para espectadores. Dirigir a este grupo de intérpretes me permitió hacer una dramaturgia sobre mi obra, recolocando algunos pasajes, reescribiendo otros y eliminando hasta 10 páginas del borrador original. Mi *Humo* ya no era solo mío, y era gratificante ver cómo el equipo iba aportando piezas a ese puzzle que día a día iba tomando forma. He dicho antes que no creo que repita la experiencia en mucho tiempo. Lo mantengo. Pero también mantengo que me gustará volver a dirigir otra obra en un futuro para experimentar de nuevo el

